

El secreto del artista

por E. C. Segura Meccia

Era, soy un actor profesional. Me precio de conocer en profundidad y por experiencia todos los secretos de mi arte. Sin embargo, hubo el día en que aquéllos que más me estiman y a quienes quiero más que a mí mismo (pero juzgándolos, no obstante, legos y ajenos a esta disciplina laboriosa y noble), esto es, mis familiares directos, dieron en hacerme notar, tomar conciencia de un hecho en el que no había reparado hasta entonces. Ocurrió hace ya algún tiempo, y en un principio no tenía mayores intenciones de dejar constancia escrita de lo sucedido. Más tarde revisé esta posición, y consideré que tal vez mi testimonio pudiera resultar provechoso para generaciones futuras o presentes de estudiantes y aspirantes a actores o, cuando menos, para algún principiante ávido de consejo u orientación.

Ocurrió, como dije, hace cierto tiempo, algunos meses pero en ningún caso más de un año. Nos encontrábamos con mi familia -mi esposa, mis hijos y algún agregado sabático, hermano o tío- en mi residencia, y haciendo la sobremesa del almuerzo. Era sábado, según insinué, y hacia las tres de la tarde la reunión parecía deshilacharse fatalmente, en aguas divididas entre la siesta y el paseo. Fue entonces cuando un sobrino a quien estimo especialmente me acercó un videocassette de aspecto algo precario, una grabación casera según me pareció, y que precisamente por ese motivo atrajo de inmediato mi curiosidad. Desde luego, se tratara de lo que se tratase, la ocasión de amenizar la desfalleciente tertulia, prolongando su vida útil por algún rato, era algo que ninguno de los de la partida estaba dispuesto a desaprovechar. Pero yo creí, en un principio, que se trataba de alguna realización o aparición personal de mi sobrino, un aporte en alguna rama de las artes, lo cual habría sido una novedad para mí, ya que el sobrino en cuestión era, hasta donde yo sabía, inclinado a las disciplinas técnicas. Y, en efecto, cuál no sería mi sorpresa cuando, al empezar a girar la cinta, pude apreciar inmediatamente que se trataba de una película en la que yo tomaba parte, no como protagonista, pero sí como actor de reparto con una intervención no menor en el desarrollo de la trama. El filme era añoso y, a decir verdad, en su momento no había sido particularmente apreciado ni por el público ni por la crítica, y creo que justamente por esa razón yo apenas lo recordaba y ni siquiera solía incluirlo en el catálogo mental de mis contribuciones al séptimo arte. Pero ahora, viendo esa mala copia en la que casi ni se distinguían los colores, yo podía aquilatar mis méritos actorales una vez más y convencerme de que no eran ínfimos.

Sin embargo, esta vez sentía que los razonamientos que habitualmente usaba para analizar mi técnica y mi estilo no eran suficientes, había un algo, un secreto que acaso podía ser dilucidado de una vez y para siempre con un poco de meditación o de "insight". La película no estaba completa, pero las partes donde yo tenía apariciones centrales en el diálogo habían sido especialmente incluidas en la selección, y ahora mismo se veía una de las principales. Yo estaba algo desorientado, cuando mi sobrino dijo:

-¡Qué maestro, tío! ¿Sabés que tu estilo lo viene estudiando últimamente toda una nueva camada de actores?

Me sorprendieron sus palabras, hablaba como un entendido, a pesar de no decir nada en concreto, al menos nada que me ayudara a dar con una pista, un indicio para esclarecer el misterio. Él continuó:

-¿Te das cuenta, se dan cuenta de que el audio es deplorable, casi no se entiende lo que están diciendo? Y sin embargo las partes del tío sirven para seguir la trama, son como una luz en el camino.

Entonces caí. Era simple, simplísimo. Yo hablaba por gestos, por

miradas. Mis parlamentos no eran tales, algunos monosílabos aquí y allá, y el guionista parecía haberse apoyado acaso excesivamente en mis dotes gestuales. Cuando una pregunta u observación de mi interlocutor requería una respuesta más elaborada, yo recurría a secuencias de miradas y ricti, movimientos con las manos y sonidos tales como ¡Eeeh!, ¡Epa! y ¡Uuh!, amén de algunos silbidos y resoplidos. Todo un lenguaje del sobreentendido.

Me elevé por un momento. Ahora veía a los míos, arracimados en torno al prodigio de alguien que hablaba sin hablar y que, encima, era un miembro de la familia. Y me pregunté si lo que los tenía fascinados era una cualidad restringida a la filmación o, de hecho, no hacia falta más que observar cómo yo me conducía en la vida real, en mis diálogos cotidianos. ¿No era acaso ésa mi forma corriente, natural de comunicarme? Porque, a decir verdad, yo jamás había sido hombre de muchas palabras, ni siquiera para con los íntimos.

La cinta continuaba girando, pero en algún momento habría de terminar. Temí ese momento. Ahora que había descubierto la esencia tal vez última de mi relación con el mundo, de uno y otro lado de la pantalla por igual, una forma de ser sin estar, de interactuar y comunicarme sin hacer oír mi débil voz, sin darme a conocer en realidad, ahora que sabía decir lo que hasta ese día sólo había sabido hacer, me producía temor la posibilidad de un desliz, de un resquicio por donde se escabullera mi voz y apareciera ante todos sin que yo pudiese evitarlo.

La cinta giraba aún. Todos me miraban o, mejor dicho, miraban a ese que ya no podía fallar y que era yo mismo, hasta cierto punto. Bien, podía descansar unos momentos más.

Río IV, 28-29/7/2002

(c) Enrique Carlos Segura